



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LUIS ALFONSO



Novelista correcto y distinguido
y cronista de *sprit*,
se disputan los frutos de su ingenio
Barcelona y *Madrid*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El jefe, por Eduardo Buello.—De retirada, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por *Chirín*.—Del coro de caballeros, por Emilio del Val.—Ministara, por Sinesio Delgado.—Los estorbadores, por Manuel Matos.—Hija de Eva, por José María de Luna.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Luis Alfonso.—Tragicomedia (continuación).—Cantable, por Cilla.



Con motivo del incendio de la Fábrica de Tabacos, se proyecta la organización de una estudiantina, que recorrerá las calles de la corte con objeto de allegar recursos para aliviar la suerte de las infelices cigarreras.

También se ha pensado en formar una compañía de aficionados y dar una función en la Alhambra.

Pueden ustedes tener la seguridad de que este hecho ha de verificarse, porque no hay nadie más tonto que Gumucio, oficial tercero de la dirección de Contribuciones y antiguo aficionado al arte de Romea; el cual Gumucio aprovecha todas las desgracias del país y todos los infortunios particulares para exhibir sus dotes artísticas en la Alhambra.

Que se inunda una vega; que se presenta el sarampión en un distrito; que cae soldado un joven barbero; que se rompe una pierna una característica; Gumucio reúne a su gente y anuncia por medio de los periódicos que se dará una función en la Alhambra, para remediar el infortunio, sea el que sea; y al fin y al cabo se sale con la suya.

Él cuenta con varios aficionados, que están siempre dispuestos a trabajar en bien de sus semejantes; y basta que Gumucio les diga: "Ya ha caído tela... para que contesten todos, movidos por un sentimiento de infinita ternura: "Venga de ahí..."

Ahora, con eso de las cigarreras, Gumucio no descansa, y ha ido a ver a una señorita que ha sido alumna del Conservatorio tres años y medio, hasta que un día la cogió D.^a Teodora por la sobrefalda y la puso de patitas en el arroyo, diciéndole:

—Hija mía, váyase usted de aquí, que me está usted corrompiendo la clase.

—Pero ¿por qué?—preguntó la chica.

—Porque declama usted lo mismo que un albañil.

La chica, que se llama Uldegonda, tuvo que renunciar a las aulas, pero no le ha perdido la afición al teatro, y está siempre dispuesta a tomar parte en todas las comedias que representa Gumucio, porque no ha perdido las esperanzas de que la contrate Mario algún día y porque la mamá es la primera que le dice:

—A ti lo que te conviene es ir soltándote en la declamación, y puedes decirle al Sr. Gumucio que te dé papeles fuertes en que tengas que llorar para que te vean los periodistas y te saquen en *La Correspondencia*.

Un hijo de Gumucio, que es chato y además está en el Bazar X, sección de maletas, ha heredado las buenas disposiciones de su padre para la declamación, y ejecuta a maravilla los papeles de galán joven; hay también en la compañía un platero catalán, casado, con siete hijos, que desempeña las funciones de gracioso de una manera prodigiosa....

En fin, Gumucio cuenta con muy buena gente, y estos días se ocupa en el reparto de papeles para dar principio a los ensayos, que han de verificarse en casa del platero, porque tiene una trastienda muy espaciosa.

Se representará un drama muy triste, para que Uldegonda llora, que es lo que quiere su madre; y como fin de fiesta, hará

el platero *La salsa de Aniceta*, con ayuda de una chica que está sirviendo de doncella en casa de un título y sólo puede ensayar los domingos por la tarde. Además de la doncella trabajará una viuda, joven aún, que ha sido corista y ahora es celadora de la Cárcel de Mujeres, y un joven que dicen si tiene ó no tiene con ella....

No, la compañía no es mala; pero Gumucio quiere llevar las cosas a la perfección y se consume todo porque tiene un carácter muy impaciente. Así es que entra en la oficina de mal talante y riñe con el portero por un quitame allá esas pajas.

—¡Jesús, Sr. Gumucio, qué mal humorado viene usted hoy!—le dice algún compañero.

Y él responde:

—¿Cómo quiere usted que venga? La culpa la tengo yo, por meterme en ciertas cosas.

—Pero ¿qué pasa?

—Ya sabe usted que estoy organizando una función a beneficio de las cigarreras. Pues bien, ahora salimos con qué Uldegonda, que es la primera dama, quiere sacar una manteleta de merino con agremán en el acto tercero, cuando la llevan al cadalso.

—¿Qué atrocidad!

—Ya ve usted! Pues no hay quien se lo quite de la cabeza. Figúrese usted que a ella se la acusa de haber matado a su padre y a un amigo, y la meten en un calabozo húmedo, sin ventilación, donde se la pudre la ropa que lleva encima. En el acto tercero la conducen al patíbulo, y lo natural sería que sacase una bata de luto y un pañuelo atado a la cabeza. Pues no señor: quiere estrenar la manteleta y salir de abanico y mitones.... Me parece que lo voy a echar todo a rodar, porque yo no paso por ciertas cosas.

—Y hace usted bien.

—¿Ha pedido el director el expediente de Valdemorillo?

—Todavía no.

—Me alegro, porque no he podido despacharlo. Ahora voy a ponerme a copiar el papel del verdugo, que sólo tiene dos palabras, pero lo hace un chico del comercio, que no ha trabajado nunca y conviene que lo estudie bien. ¿Sabe usted quién tendría un frac? Porque yo hago un marqués que está enamorado de la dama y va a verla de noche a la prisión, mientras el carcelero está limpiando el calzado de su familia. Lo natural es que me presente bien vestido, para que el público note desde luego que pertenezco a la aristocracia.

Gumucio no tiene momento de reposo desde que anda con eso de la función, y cada vez que le llama el jefe para recomendarle que active un asunto, se tira de los pelos silenciosamente ó introduce en la boca el dedo gordo de la mano derecha y le tira un mordisco, diciendo con desesperación:

—¡Mira usted que es fuerte cosa! Basta que tenga entre manos una comedia, para que al director le entren las prisas y no me deje respirar. Creame usted, Martínez, hay momentos en que me viene a la imaginación el deseo de renunciar al destino y dedicarme definitivamente al teatro. ¡Oh, si yo no hubiera sido tonto! Mire usted, he tenido ocasión hace quince años de entrar en la compañía de Gómez con cuatro pesetas y un beneficio libre; pero me lo quitó de la cabeza mi suegro, que lo demás, a estas horas podría estar haciendo primeros galanes, como Mantecón y otros.

No habrá dos aficionados como Gumucio: él aprovecha todas las ocasiones para salir a escena, y desde que concibe el pensamiento de dar una función, ni hace nada a derechas, ni duerme, ni despacha los expedientes, ni cuida de su familia, ni fuma.

Entre visitar a las actrices, dirigir los ensayos, buscar la ropa adecuada, copiar los papeles y conferenciar con el dueño del teatro, se pasa las horas del día y de la noche.

¿Y todo para qué? Para que llegue el día de la función, y diga algún espectador intransigente apretando los labios y agitando los puños:

—Estoy por subir al escenario y romperle la cabeza a ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque es un bruto.

LUIS TABOADA.

EL JEFE (2)

Quena cuatro pesetas
durante el día,
se asegura que en una
zapatería.

Y aunque el hombre en la infancia
no fué á la escuela
y, como estira el cuero,
bate la suela:

de noche, en el teatro,
bate las palmas,
y desde el paraíso
mueve las almas.

Sin entender de amena
literatura,
al público estremece
desde su altura;

y al frente de los treinta
de su cuadrilla,
es un factor de gloria
que maravilla.

Tiene, como es sabido,
su abono á diario,
gratía por presupuesto
del empresario,

que á los chicos de arriba
da, por sus notas,
con tostadas de abaj
café con gotas.

El público no suele
ver la tostada,
ni gusta de la gloria
falsificada:

mas si se agita un poco.

contra la *chape*,
le arrancan los folios
del limpio fraque.

De vestibulo adentro
no haya quien befe
al autor ó al artista
que aplauda el jefe;

ni ponga en los estragos
tildes ni macas
el *oficio ilustrado*
de las butacas.

Arriba está el *sepepepe*
juez de las letras,
que vara á los poetas
de sus *zozobras*,

y que tiene en las manos
de hierro el casti
para sacar *artistas*
después de un *wasé*.

¿Que el que paga protesta?
Pues hace el oso:
nada que el jefe aplauda
se hunde en el foso;

aplauso que á su gusto
los empresarios
llaman en los cartiles
entre ardores.

Y es que aquí se confunden
(y esa es la historia)
el laurel del gasado
y el de la gloria.

EDUARDO BUSTILLO.

DE RETIRADA

Sufre tales distracciones
su vecino don Ramón,
que, á pesar de sus doblones,
vive en plena desazón.
No hay otro caso ni vecino.
Anoche salió del Real
y estuvo andando sin tino
por toda la capital
en busca de su morada,
á la cual llegó cansado.
¿Como que á Puerta-Cerrada
se fué el hombre por el Prado?
Y loco se hubiera vuelto
andando toda la noche
si al fin no hubiera resucito
llegar á su casa en coche.
Llama al sereno: «¿Gaspaazar!»
(El sereno es Filomeno,
mas nunca acierta á llamar
como es debido al sereno.)
Este acude, abre el portal,
y el buen señor le da en pago,
en vez de un real, un botón
para que el hombre eche un trago.
El sereno, que no es fino,
cierra de un modo brutal,
dejándole á mi vecino
á oscuras en el portal.
Busca mixtos, atontado,
en los bolsillos del traje,
mas recuerda que ha dejado
los mixtos en el carruaje.
Sube á oscuras, abstraído
en graves meditaciones,
y cuando cree que ha salido

treinta ó cuarenta escalones,
se para y dice: «¡Llegué!»
Saca la llave, y se apura
porque en la puerta no ve
dónde está la cerradura,
hasta que, al cabo, con tiento
logra abrir, y de rondón
cruzando el recibimiento,
penetra en la habitación.
Empieza á palpar los trastos
y dice el hombre atarido:
«¿Qué es lo que toco? ¿Canastos?
¿Dónde me habré yo metido?
¿Una noche topó aquí
con la bomba de un quinqué,
otras con un *stager*....
Y hoy no deja de chocarme
que, cual otras noches pasa,
no salga el vecino á echarme
porque me meto en su casa.

¡Claro! Siempre me equivoqué....
Mas no son estas las sillas
que otras noches aquí toqué.
¿Si encontrase las cerillas....?
Al cabo con ellas las
prendo su mixto con presteza,
se entera de dónde está
y exclama con extrañeza:
«¿Calla! ¿Pues no me he metido
en mi propia habitación?
¿Cómo habré yo podido
sembrar esta distracción!...»

DIAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

A la Srta. Guerrero, primera dama del Teatro Español:
Decíamos hace ocho días que era necesario huir de las malas
compañías, y á eso podría contestarme usted que tanto valdría
condenarla al extrañamiento. La verdad es que de las malas com-
pañías es tal vez imposible huir en España. No las hay buenas. No:
no las hay. Pero ya que no quepa buscar la salvación en la fuga,
se le puede aconsejar á usted mucha higiene para evitar, si es
posible, el contagio de tantos y tantos vicios como afean el arte
mermado y enclenque de la escena española de nuestros días. Se
comprende que el Sr. Cañete, que tiene obligación de hablar de
cuantos teatros hay en Madrid, haya echado ese mal humor que

le caracteriza. Los cómicos, generalmente, hoy por hoy, no pue-
den darle al crítico más que disgustos. Todos los años algunos
revisteros, que á lo mejor tienen una comedia en primera instan-
cia, hablan de la resurrección de nuestra escena gracias á los es-
fuerzos del empresario N. ó de la compañía X. y no hay Lázaro
que valga. No hay quien levante ese muerto. El público bosteza
y no cree ni en el genio de los trasnochaditos poetastros que es-
criben todavía dramas de fiambre romántico, ni en la inspiración
de los cómicos que representan esas imitaciones insípidas. Si;
el público bosteza.... desde casa. Su ausencia es su fallo. Es inú-
til que el reclamo invente recursos y cuente con el silencio de la
benevolencia y de la cortesía. El público sabe lo que le espera y
se abstiene....

Había dos actores, nada más que dos: Vico y Calvo. Murió Cal-
vo y quedó Vico. Se dejó que Vico se marchara y no quedó nadie.
Esta es la verdad lisa y llana. Empresarios, público, autores,
que no teniendo más que un buen cómico le dejan marcharse, no
quieren de veras tener teatro. Estas ausencias no se suplen im-
provisando notabilidades en el papel. Como actrices no había
ninguna buena desde que se murieron las antiguas y se retiró
la Boldún; se llamaba buena á la Marín, á la Mendoza (que algo
bueno tuvo) á la Contreras que empezó muy bien.... y ahí se
quedó), á otras medianías.... y por fin á la Sra. Cirera, que era
tan mala cómica como puede serlo cualquiera. Y en cuanto á
hombres.... se le dió el ascenso inmediato al simpático Ricardo
Calvo; y con una ternura muy mal entendida, se le aplicó una
especie de *loy siltica* para que sucediera á su hermano Rafael.
Vano empeño. Ricardo Calvo, que en efecto, adelantó muchísimo,
no adelantó bastante para llenar el vacío que dejó el otro.
Ricardo Calvo, Srta. Guerrero, es un ejemplo vivo de los terri-
bles contagios de la escena. Y además la gacatilla proclamó á
Jiménez, á D. Donato Jiménez, actor insignie. ¡Parece mentira!
Donato Jiménez nunca se ha hecho aplaudir con justicia más
que en el papel de D. Lucas en la comedia de figurón *Entre bobos
anda el juego*. Allí, por coincidencia gustosa, sientan bien aquel
vozarrón, aquel quijotismo de teatro, aquella solemnidad cómica....
Y no quiero hablar de los Calvos menores, ni de la Calde-
rón, la Abril y otras eminencias que se nos quiso hacer ad-
mirar....

Pues bien: en compañías así tiene usted que andar, y lealmente
le confieso que únicamente si tiene verdadero genio, que lo
ignoro, podrá librarse, á la larga, de la perniciosa influencia de
ese medio escénico. El ambiente de la escena es deletéreo y mata;
el de la sala, glacial y ayuda á morir. No crea usted, señorita, en
la persistencia de esos entusiasmos que ahora usted estará sabo-
reando muy legítimamente, con perfecto derecho á la ilusión.
Eso pasa pronto, sobre todo en épocas como ésta, en que el gos-
to se separa más y más cada día del teatro. Un escritor francés
acaba de publicar un libro, que titula *El fin de un arte*, y ese
arte es el teatro. Puede equivocarse ese autor, probablemente
se equivoca.... porque exagera el teatro no muere, languidece;
acaso esto es peor: es peor seguramente para los artistas de la
escena (autores y actores), que merecen tan excelso nombre. Lo
más triste no es que haya personas de criterio que opinen que
el teatro muere; lo más triste es lo que algunos críticos escriben
para contradecir esa opinión: dicen los más optimistas que el
teatro quedará ahí para siempre, porque al fin es espectáculo, y
como tal ni siquiera puede decirse que cae; lo que puede eclipsar-
se, añaden estos defensores, es el teatro literario, pero éste en
rigor pocas veces florece, pocas veces coinciden en las tablas el
espectáculo y la literatura....

Es verdad. Y ahora añado yo por mi cuenta, que el teatro no
deja de ser literario sólo cuando se materializa, cuando se con-
vierte en puro teatro de los sentidos, sino también cuando insis-
te en ser literario sin poder serlo, entregado á los autores no
poetas, no artistas. Estos autores no artistas suelen ser en los
países en que el teatro *espectáculo* da mucho dinero y provoca
una gran concurrencia, los hábiles *meconicos* del oficio, de los
cuales puede ofrecerse como dechado á Sardou en sus obras
aparatosas de estos últimos años. En los países como el
nuestro, en que el teatro propiamente serio da poco dinero y no
despierta seria concurrencia, los que invaden las tablas no son
los grandes negociantes del *savoir faire*, sino los pobres muchachos
sin colocación, cucarachas del romanticismo enterrado, que
producen dramas soporíferos y tontos no menos *literarios* que
las *tramoyas* de los otros.

El teatro en general no muere, pero un teatro, el de tal parte,
sobre todo, el de tal época, puede morir definitivamente. Y es una
desgracia, pero una desgracia simpática, y que puede ser gloriosa,
ser artista de corazón, de facultades, verdadera, en estos
tiempos de lenta agonía. Pero ¿qué hacer? Resignarse y trabaja-
r con *te grand méme*. Es el destino común de los artistas de
todas clases en los días de decadencia. Los grandes movimien-
tos sociales son más fuertes que los individuos aislados, son una
corriente; y así como los defectos de los individuos en la época
de desarrollo, de progreso, son poco perjudiciales para el perfec-
cionamiento general, y hasta se les suele encontrar cierta gra-
cia, las perfecciones, las excelencias de los artistas de una *deca-
dencia*, aunque conserven *honoríficamente* y desde un punto de
vista puramente estético todo su valer, son inútiles esfuerzos
para contener la caída. La crítica, hasta hoy predominante, no

1. El que yo conocí era zapatero, pero él se metió en el teatro, y se volvió actor.

2. Sardou es el poeta francés que merece tanta simpatía, aunque sólo sea por su
obra *Les Femmes de Chateaubriand* y de la *Comédie Française*.

TRAGICOMEDIA (Continuación.)



El conde quedó al fin sujeto y amarrado por aquella genticilla de poco pelo.



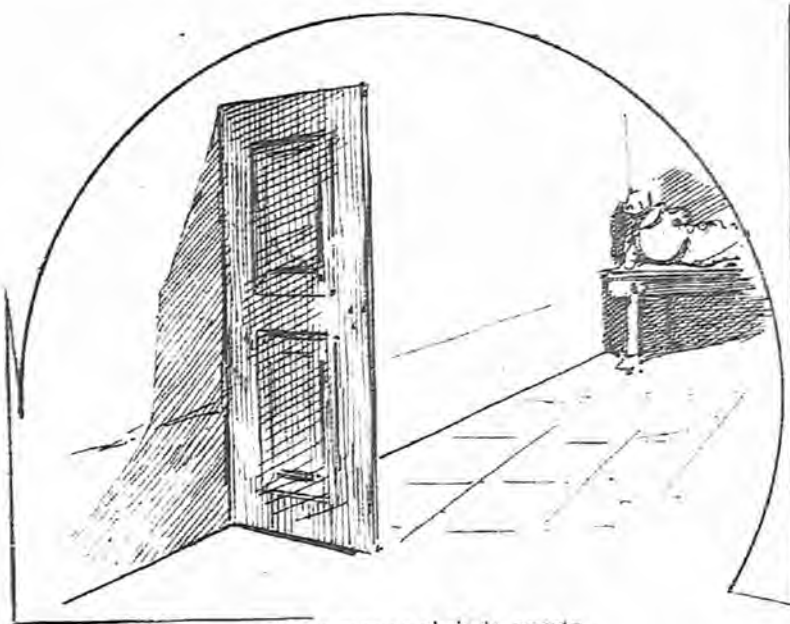
y se lo llevaron consigo los guardias.



Poco después ya estaba encerrado en la prisión del distrito, donde, por mucho que caviló y volvió a cavilar, no acertó a explicarse lo que le pasaba.



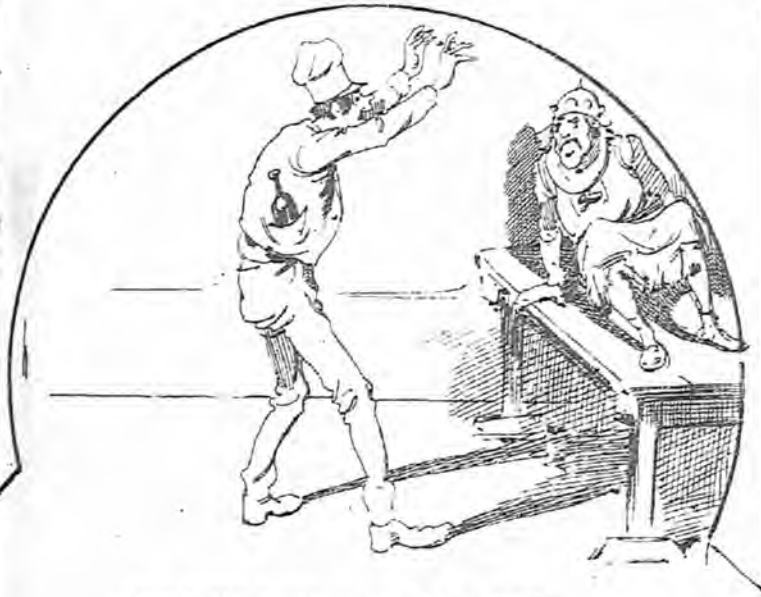
por lo que decidió tumbarse en la tarima y dormir tranquilamente.



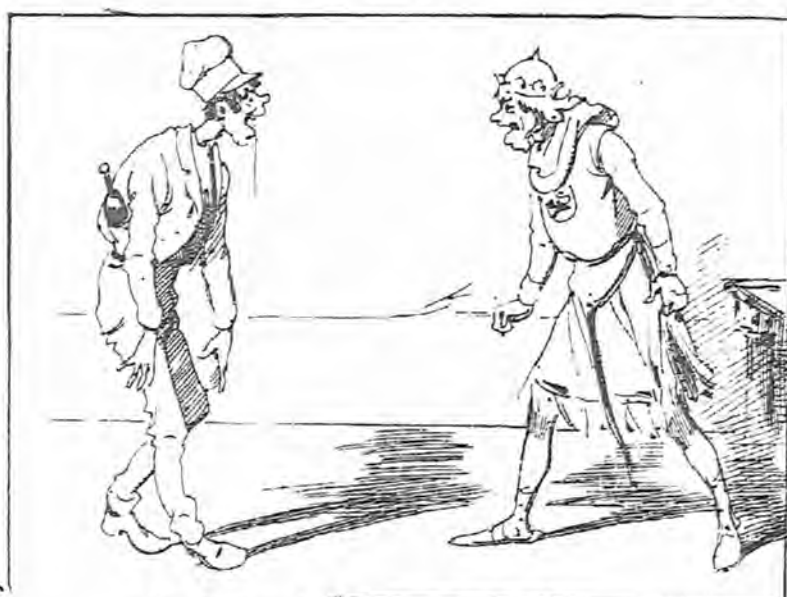
Al cabo de un rato se abrió la puerta



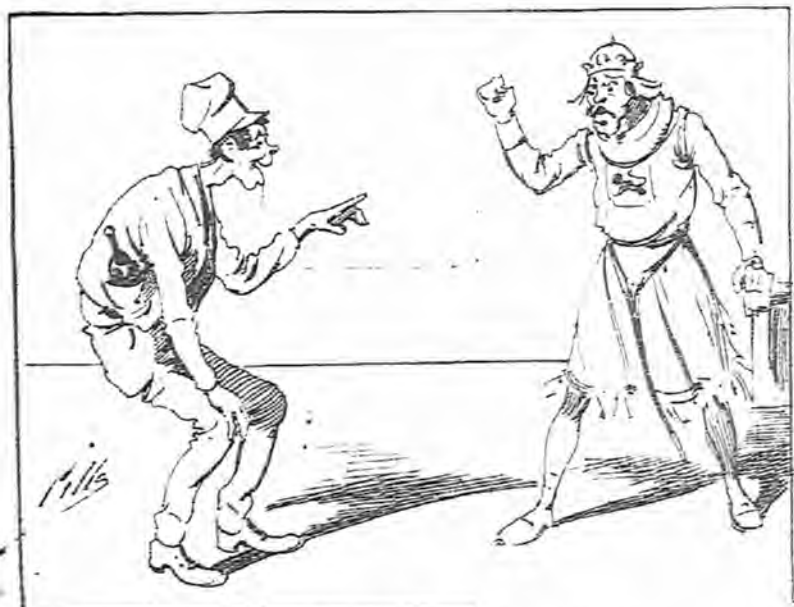
y entró á empujones y dando traspies un dignísimo ciudadano



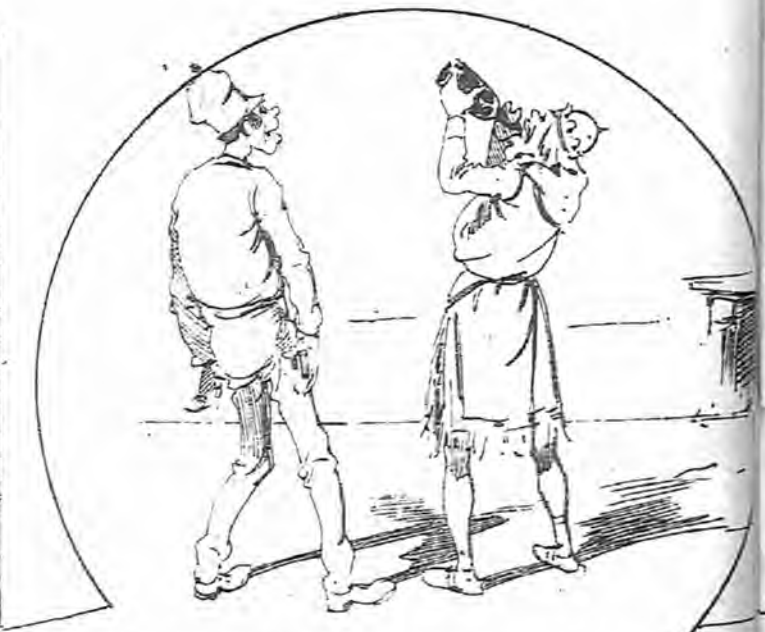
que le dijo á gritos:—¡Arriba, gacholi!



Aquello de *gacholi* hizo que don Nuño se pusiera de pie violentamente.



El otro, al ver aquella figura, no podía contener la risa.



La función hubiera acabado á trastaros, pero, por fortuna, el otro es muy comunicativo.



El caso es que cuando les llamaron á declarar, don Nuño iba con la gorra del borracho



y el borracho con el casco de don Nuño
(Se continuará.)

ha sabido tener en cuenta estas diferencias y ha juzgado *grosso modo* y con injusticia á los grandes hombres de las decadencias. Los méritos de algunos escritores latinos del Imperio, los de un Góngora y los de muchos poetas y novelistas de ahora, han sido y son mal apreciados por esta confusión del esfuerzo personal y de la corrupción inevitable.

Cuando el enfermo toca la muerte y cierto alivio momentáneo engaña á los que le quieren y da descanso al que espira, el médico desprecia tales apariencias. Y con todo, son cantidades positivas que sólo puede apreciar en su calidad de esperanzas el que ha de llorar al muerto y en su calidad de tregua al dolor el que padece. Así, el artista de una decadencia, sin pretender dominarla, puede aplicarse á su obra con *entusiasmo personal*, con la esperanza de que alguien sabrá apreciar el valor *sustantivo*, individual de su esfuerzo; y en todo caso, si no cabe tal esperanza, con la seguridad de satisfacer los anhelos de la propia conciencia.

Por todo lo cual, Srta. Guerrero, no es desanimarla á usted, á lo menos en lo absoluto, el pintarle con tan negros colores el estado de nuestra escena patria.

Y antes de continuar, advierto que el usar yo de este lenguaje y el referirme á ciertas *filosofías*, es indicio de que supongo en usted conocimientos y hábitos de reflexión que en usted han de existir, si en efecto es una *actriz distinguida*.

CLARIN.

DEL CORO DE CABALLEROS

Una conversación que sostiene en la calle de Sevilla dos coristas sin contar a cualquier hora de ella.

—¿Qué tal, Confucio?
—Tirando.
—Yo, bien.
—¿Qué se hace—
—Sobre poco más ó menos lo que todos, achantarse y esperar á que nos abran el teatro.
—Sí, me *pase* que *pues* esperar *sentado*, que de pies vas á cansarte.
—Si me ha dicho el *Cabece* que *pa* fin de mes le abren.
—¿Al *Cabece*?
—Al teatro, ¡guano!
—No seas *inorante*. Á tí lo que te conviene es buscar quien te contrate para fuera.
—Ya lo busco, pero, chico, no me sale.
—Aquí no se hace carrera, aunque valgas, que tú vales.
—Más vales tú.
—Muchas gracias. Los dos valemos bastante. *Pas* bien, á pesar de todo, no encontramos quien nos saque del montón, y nos *proteja*, y nos dé papeles....
—¿Sabes en qué consiste, *Confucio*? En que *se* colma de malos *unos* hombres.
—¿Y tan hombres!
—Es decir, yo por mi parte.
—Si en vez de ser los dos machos, fuéramos hembras....
—¡*Pa* *mujeres*! Á estas horas los dos, ¡*tiples* de *hijos*!
—No hay desque veremos toda la vida ni un tenor de diez reales y ya un bajo de lo mismo ó *condado* es *promible*.

que nos rebajen el sueldo.
—¿Á mí no hay quien me rebaje? Pues tengo yo un geniecito.... Pregunta al representante de la empresa por *Confucio*, y él te dirá....
—¿Qué de *arma* to alguna?
—Y gorjal.
—Pues cuenta.
—¿Famas?
—Siempre.
—Buena, trae un cigarrillo.
—No tengo.
—Yo tampoco.
—¿Miserable!
—La cuestión fué la siguiente: el domingo por la tarde hicimos *La vuelta al mundo*, y yo fui el representante, que es un tío sin vergüenza....
—¿Y dilo!
—....á pedirle un vale para que fueran mis niños á verme hacer el salvaje, y después que uno se mata y cauda hasta reventarse por tres cochinas pesetas....
—Menos cuando es por diez reales.
—....me mantó con viento fresco.
—¿Y tú qué hiciste?
—Aguantarme. De resultas del sofoca, en cuanto me quitó el traje para ponerme las mallas, pesqué un catarro de padre y muy señor mío!
—Adiós; por allí viene mi sastre, y no quiero que me vea.
—Es el hombre más cargante! Se empeña en hacerme copa, y ahora ya tengo bastante.
—(Con lo puesto.) Adiós. (A....chist!
—¡*Jesús*!
—(Gracias.
—(Abrazarse.
ENILIO DEL VAL.

MINIATURA

—¡Oh, Venancia! ¡pa' una y mi consuelo!
—¿Sabes lo que te digo?
—Que cobras desde ahora con un velo esa casa de cielo cuando salgas de noche á hablar *evanjo*, porque con esa luz que centellea

en las ojos ¡oh cándida paloma!
se alborotan los gallos de la aldea,
creyendo que es el sol el que se asoma!

Esto, en otras palabras, le decía un zagalote con la manta al hombro á una moza gentil, pero brava, que escuchaba sus frases con asombro.
Y en el otro hemisferio, á gran distancia, pensaba triste el sol:—¿Qué habré yo hecho para que un zampartortas sin provecho se atreva á compararme con Venancia!

SINESIO DELGADO.

LOS ESTORBADORES

Ahora es moda estorbar.

¿Qué? ¿No lo sabían ustedes?

—Pues.... nada! Moda, y moda ineludible.

Por supuesto, ineludible para cierta clase de sujetos, no para todo el mundo.

Todo joven de dieciocho á veinte años que tiene un real para barbero, un *jaquetto* decentito, un sombrero de copa lustroso y un clavel para el ojal.... ya no tiene que pensar en otra cosa, si quiere ser muchacho de viso, sino en estorbar.

Va usted á un teatro concurrido si el teatro es de los que la sala representa un cementerio, ó una sesión del municipio sin concejales, ya no sirve para esos jóvenes; va usted—repito—á la Comedia, á Lara, á la Princesa, á Apolo, quiere usted ir á sentarse en la butaca que compró usted en contaduría ó al revendedor, y se encuentra usted non una muralla de carne de pollos que le impide el paso.

Si pide usted humildemente que le dejen pasar, ni hacen caso ni se mueven.

Si empuja usted, resisten.

Si atropella usted se expone á un lance.

¡Oh! Si eso de empujar á un *caballero* que estorba, es trance de honor, ¡Y así que se andan ellos con pereza para darle á usted una tarjeta y pedirle la suya! ¡No faltaba más!

Ello es que, si va usted á ver una obra nueva, cuando llega usted á su asiento ya han trascurrido dos escenas, á veces las más interesantes, porque los señores autores han dado ahora en la flor de decirnos con cuatro palabras al comenzar una obra que es lo que va á pasar en ella, y como todo lo que suele suceder después de las dos primeras escenas es incomprensible.... total; que se queda usted en ayunas.

Más de cuatro obras fracasan por no enterarse del principio de ellas!

¿Y quién tiene la culpa de eso? ¡Toma! Los estorbadores.

¿Y que no saben ellos llenar el paseo que conduce á las butacas!

¿Qué el paseo es estrecho? Pues mientras está bajado el telón, le ve usted lleno, repleto de estorbadores.

¿Qué el paseo es ancho? Lo mismo.

¿Aunque le hagan tan ancho como la calle de Alcalá!

Y vamos á ver: ¿qué hacen esos jóvenes en los paseos? Pues.... ya lo he dicho, estorbar.

Si fueran á saludar á sus amigos de las butacas.... pase!

Si fueran á ver la novia.... pase también!

Peró no, señor; no van á nada, sino á encontrarse, á reunirse, á formar grupos, á estarse parados, á mirar hacia los palcos, á señalar á las gentes con el dedo, á darse tono de que saben quién es Fulana y quién Mengana, á echar miradas hacia todos los ámbitos del teatro con un par de gemelos que corre de mano en mano, porque cada doce de esos chicos tienen un par de gemelos, alquilados unas veces, otras comprados de lance.

Suelen estorbar á las señoras que tienen la desgracia de haber adquirido los asientos inmediatos al paseo, creyendo ver así mejor la función. ¿Y qué?

Estorban al que gusta de leer el periódico durante el entreacto. ¿Y qué?

Se recuestan en el brazo de la butaca donde usted está, le despeinan el sombrero de copa con los faldallines del *jaquetto*, le sofocan á usted y le dan calor. ¿Y qué?

Ellos rinden culto á la moda, son sus esclavos, observan sus leyes, y todo lo demás es pampalina.

Las leyes de buena crianza, las todavía más remotas de no molestar al prójimo, las más modernas de no hacer nada que pueda ser rildado de cursi (*pticalia* llamó á eso Silvela), ésas no tienen ellos para qué respetarlas, ni aun acordarse de que no están derogadas. Á todo eso es á lo que llaman los tales *pamplinas*.

¿Y tienen todos esos—preguntará usted,—tienen todos ellos su correspondiente entrada de palco y bajan al paseo durante los entreactos porque desde el sitio que ven la función no ven los espectadores?

No, señor, ni menos pensarlo!

Tienen su entrada de palco, ó todo lo más de antiteatro, y á veces proporcionada por la empresa, porque las empresas son así; ponen en la contaduría un cartelón que dice: "Quedan suprimidas las entradas de favor," y luego no hay estorbador de esos que pida una entrada de favor y no la obtenga.

¿Ellos palco? Cuente usted los palcos, cuente usted los estor-

badores, y verá cómo no caben en los aposentos (que así se llamaban antes de haber estorbadores).

Nada, nada, cae el telón y corren escaleras abajo para invadir el paso á las butacas; se ilumina la batería, suena una campanilla, alzáse lentamente el telón, y van saliendo poco á poco, perezosamente, para subir á la cazuela y buscar su asiento saltando por encima de los que se han estado quietos. De esta manera realizan por completo su misión, es decir, estorban primero abajo y después arriba.

Y además son los primeros en dar con el bastón en el suelo, en sisear, en decir "¡fuera!..." ¡Oh! Como peritos, son muy peritos en materias literarias. ¡Las obras que ellos han metido en el foso! ¡Innumerables! ¡Innumerables! ¡Así es que aunque no sea más que por experiencia!...

Preguntarán ustedes: ¿Y quiénes son esos sujetos? ¿De dónde salen? ¿Qué hacen de día?

Pues, mire usted, de día suelen hacer poco más ó menos lo mismo que de noche.

Si son estudiantes van á hacer bulto á las aulas, á charlar con el infeliz que les teca al lado; si son empleados, van á contar cuentos á la oficina, á distraer á los asiduos, á los que trabajan; si no son nada de eso, los encontrará usted en las aceras caminando despacio, mirando escaparates, en fin, estorbando al transeunte.

¿Y no podría evitarse por parte de las empresas que los estorbadores invadieran el salón?

Como evitarse, claro está que se podría. Las empresas tienen acomodadores y recibidores de billetes, pero no los usan. Podrían suprimir estos dependientes, y nadie los echaría de menos.

Aunque quizás las empresas se hagan también la cuenta de que no está bien eso de oponerse á la imperiosa ley de la moda. Y ¡ya ve usted! si el estorbar se ha hecho moda, ¿qué remedio? ¡Paciencia y dejar que nos estorben!

M. MATOSÉS.

HIJA DE EVA

Sobre un sofá reclinada,
sin un mal lienzo que cubra
aquel pedazo de nieve,
¡qué hermosa está y... que desnuda!

Un espejo la retrata
en su limpia y tersa luna,
a la luz de una bujía
que en el camarín alumbraba.

Como la diosa de Chipre,
cuando surgió de la espuma
de los mares, se revuelve
la palpitante escultura,

los pies de cristal estira,
lleva una mano á la nuca
y la otra en el duro seno
mármol es que al mármol busca;

las crenchas de oro ondulan
sobre la espalda se cruzan
y un tibio calor de besos
hay en sus labios de púrpura;

su respiración parece

hianola y acordada música,
dulce cual la que resuena
junto á Dios en las alabanzas;
sobre sus ojos los párpados

cayeron y, cual la bruma
ante el sol, los resplandores
de aquellos soles oculta.

Durmiento está, quizá sueña;
sus ojos latidos se juntan,
se separan... y hasta un nombre
me parece que pronuncian.

Con los ángeles soñando
estará la que es tan pura
como los ángeles... Pero
¡qué mis oídos escuchan!

— ¡Nunca!

— ¿Nunca ha dicho?

— ¡Sí! ¡Sí! No me cabe duda.

— No te olvides de comprarlos.

Los pendientes que me gustan.

JOSE MARÍA DE LUNA.

CHISMES Y CUENTOS

Solución al jeroglífico del número anterior:

Quien más parecía
robusto y fuerte
á cuatro pasos
tiene la muerte.

Libros:

El amigo íntimo, novelita de D. Pedro J. Solás, publicada por el Gran Centro Editorial. Precio, una peseta.

Delirios, colección de composiciones poéticas de D. Luis González Ansoategui, en que revela el autor inspiración vigorosa y correcto estilo.

Exposición á S. M. la Reina Regente, de la Liga contra las calumnias de Hevela.

Dejemos hablar, aunque mal, al crítico de teatros de *El Resumen*:

«La cruz de plata posee (1) situaciones dramáticas de verdadero efecto. La versificación es fluida y amena; y el argumento suficiente para mantener, desde las primeras escenas, la hilaridad del público.»

Cuatro advertencias:

1.^a Se trata de un melodrama.

2.^a La crítica está hecha en serio.

3.^a El susodicho crítico no sabe lo que es hilaridad.

4.^a No sólo no lo sabe, sino que cree que significa lo mismo que

isteria.

Conque... spaguemos y vayámonos.

No; no nos vayamos.

Antes nos quitaremos el amargor de la boca con una frase de Romero Robledo en Málaga.

Dice el corresponsal que telegrafía el discurso:

«Jamás estaré—añade—al lado de Cánovas haciendo el papel de arrepentido, ni volveré como hijo pródigo al partido conservador, ni vestiré el infamante sayal de la penitencia. ¡Bravo!»

¡Infamante sayal!

¿Quién habrá dicho á Romero Robledo que el sayal de la penitencia es infamante? Parece que no, y el saber castellano es cosa útil hasta para los políticos.

Y todavía, según el corresponsal, hubo quien dijo: ¡Bravo!

¡Perdonalle, Señor, que no sabe lo que se le dice!»

Ya sabrán ustedes que un inocente redactor de *Los Charros* ha confundido á D. José Zorrilla con D. Manuel Ruiz Zorrilla, y ha dado cuenta de la enfermedad del primero suponiendo que quien la padecía era el segundo.

Hay ocasiones en que está uno tentado de creer que redactan los periódicos unos angelitos del cielo que no saben lo que pasa sobre la faz de la Península.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

T. Reita.—Como sales, ambas cosas valen poco.

Sr. D. E. L. S.—Madrid.—Y esas dos tampoco están mucho. Podía usted versificar bien si se fijara. *Pera y quera* no son consonantes, en mi humilde opinión.

Sr. D. L. M.—Madrid.—No nos parece bien el dibujo. Usted perdónele la rufoza.

Sr. D. T. R. G.—Madrid.—¡Buenos días, Nicólasa!

muy buenos días Pepita.

¡Pero qué es lo que te pasa

que estás tan triste y marejada?

¡Has tronado con el Quiso!

¿O es que te pesca la gaita

y no parece por casa?

¿O ha vuelto don Mariquita?

¡¡¡lemonre con la bromita!

¡¡¡reco que usted se propasa!

Sr. D. E. L. S.—Valencia.—El caso es que ese señor no está aquí y... si le envío la consulta, me mandará á freir espárragos.

Sr. D. R. H.—Valladolid.—Creo que sirve cualquier clase de papel autógrafo.

Sr. D. L. S. S.—Toledo.—Pero ¡ay! á la mejor se come usted una sílaba.

Sr. D. J. M. F.—Madrid.—No se ha publicado tal anuncio.

Atipado.—Y desvergonzadito además. ¿Puede que crea usted que con poner unos cuantos puntos suspensivos ya se ha salvado la decencia?

Un aficionado.—Pues sí señor, todo lo que cupimos en esta sección es auténtico. Aquello era de *nos* de Elche.

Servidor de usted.—Muy señor mío. ¡Pero qué malo es eso!

Sr. D. E. B.—Córdoba.—Súcio y sin gracia. Y de nueve versos, uno largo. ¡Conque ayúdeme usted á sentir!

Pueblo Virgilio.—Elio es un cuento viejo echado á perder, así como la ortografía. Hay que usar la letra á cuando haga falta. Porque si no, ¿qué dirán?

Miguel de Astorúa.—El caso es que esas *atechunadas* han pasado á la historia. Con mucha razón.

Sr. D. J. B.—Madrid.—El ruseñor en su jaula prisionero

es mucho más alegre y feliz que yo.

Lo creo, porque al menos no se mete á hacer versos sin saber medirlos.

Un malito.—Usted se conoce. Y eso es una virtud.

Sr. D. M. J. G.—Madrid.—Ninguna de las dos es publicable.

Sr. D. J. S.—Valencia.—¿Querrá usted creer que de tantas no puedo aprovechar ninguna? Y no por falta de voluntad, vive Dios! que me han llegado al alma esas frases halagueñas.

Acha, Hea y Perca.—No es lo peor que sea acróstico, sino que sea malo además. *Hasta y hecho* se escriben así, con h.

Pico el bodiguero.—«Del ricacho y bruto don Mannel»

dice el mundo que es un literato...»

¡Pero qué manía nos ha entrado de no contar las sílabas!

Meñafle.—Pero hombre, ¿cómo ha de servir una cosa que no tiene pica de gramática?

C. O.—Seguimos echando á perder cuentos antiguos. ¡Mala manía es esa!

Sr. D. A. R. S.—Madrid.—El verso

«Modelo son de virtud y de hermosura»

no puede ser modelo de nada, porque le sobra una sílaba. Y el asunto es gastadísimo.

Hipótesis.—Todavía no sirve eso. Con el tiempo puede que lo haga usted bien. Peor ha empezado mucha gente... que sigue haciéndolo mal todavía.

Sr. D. M. A.—Cáceres.—¿Cuerno con la credeza del asunto?

Sr. D. L. R.—Madrid.—«A mi vecina.» ¡Malot! ¡Otra vecina!

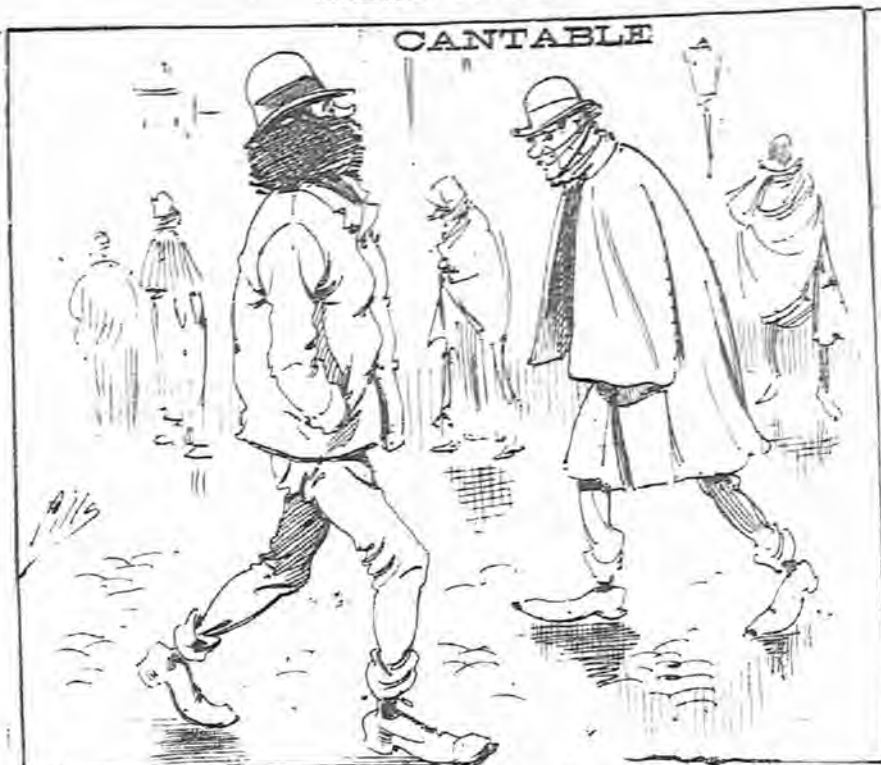
«En la calle que yo vivo

hay una Rubia; qué Rubia,

á mí me tiene chiflado

esta vecinita Rubia...»

¡Tomal! Así hacen versos los niños de dos años!



Pasan los madrileños
noches y días

paseando en un bosque
de pulmonías. (Sigue la música.)

Lst. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIBERG DELBAO

DRUJOS DE CILLA

FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.